



educación y comunicación
15: 83-94 Nov. 2017

LA EDUCACIÓN SEXUAL EN LA FAMILIA PARA EL DESARROLLO INTEGRAL DE LA PERSONA

**Sexual education in the family for the integral
 development of the person**

Mirca Benetton

Profesora asociada en pedagogía general y social

Universidad de Padua (Italia)

E.mail: mirca.benetton@unipd.it

Resumen:

Hoy en día la familia ha evolucionado con los tiempos, con un resultado de nuevas familias (en plural). De igual modo, el hecho de la paternidad también ha cambiado con los nuevos tiempos. Un discurso abierto y emergente sobre ser hombre o ser mujer en la actualidad. Con nuevas responsabilidades, con nuevos roles que se reescriben con nuevos compromisos. Sin género de dudas, la educación sexual en la familia es imprescindible para el desarrollo integral de las personas. Un estudio que se inspira en el diálogo y en el valor que adquiere la educación afectivo-sexual, sin dejar de lado la trascendencia en el seno de la familia.

Palabras clave: familia, educación secal, educación afectivo-sexual, diálogo.

Abstract:

Nowadays the family has evolved with the times, with a result of new families (in plural). Likewise, the fact of paternity has also changed with the new times. An open and emerging discourse about being a man or a woman today. With new responsibilities, with new roles that are rewritten with new commitments. Undoubtedly, sexual education in the family is essential for the integral development of the people. A study that is inspired by the dialogue and the value acquired by affective-sexual education, without leaving aside the transcendence within the family.

Keywords: family, secal education, affective-sexual education, dialogue.

Recibido 25-03-2017 / Revisado 21-06-2017 / Aceptado 19-07-2017 / Publicado 01-11-2017

Familia, familias y paternidad

Hay muchos cambios sociales y culturales que han afectado a nuestro medio ambiente; algunos han cuestionado el modelo clásico de la institución familiar. De hecho, la familia, que actualmente parece desnaturalizada, parece haber inducido a una enmienda al desarrollo de las relaciones educativas y de las comunicaciones entre padres e hijos en relación con la educación sentimental, emocional de los niños.

En particular, los establecidos modelos relacionales masculinos y femeninos, materna y paterna parecen fallar, por lo que la familia es como un grupo de personas que toman diferentes roles. El actual debate sociopolítico, por ejemplo, no se centra tanto en la emancipación femenina y la liberación sexual de la mujer, sino en la oportunidad de cuestionar la limitación heterosexual de la familia misma. De ahí la reclamación por parte de los diferentes grupos homosexuales de formar a una familia. El asunto nos interesa no tanto y no sólo por su aspecto legal, sino sobre todo para entender cuales son los modelos de educación sexual y afectiva que estas nuevas figuras parentales transportan y cómo pueden afectar a la educación de sus hijos. Debe reconocerse, de hecho, que a nivel educativo, la familia desempeña, o debería desempeñar, un papel crucial propio en el apoyo del crecimiento de la identidad del hijo en relación con su desarrollo emocional-afectivo, sexual, emocional y moral, es decir, en lo que respecta a los aspectos más íntimos/interiores y la ética de ser un hombre o una mujer.

Si con los *gender studies* ya no parece posible de identificar un genoma natural de la familia - y de la persona - por lo tanto, se debe tratar de nivel social

y educativo (Donati, 2013). El ser familia, de hecho, está conectado al *hacer familia*, y luego a la voluntad y modalidad con los cuales los jóvenes piensan sobre el futuro y su posible familia (Mirabella, 2009: 6-7; Xodo, 2008).

La pregunta que surge es: ¿Cómo es ser hombres y mujeres en la familia, cómo ser padres y madres, y en qué modelos afectivo-sexual y sentimental educamos a los hijos?

Si hoy se cortó el velo de la obviedad que categoriza la constitución de la familia (madre, padre, hijos) no hay, sin embargo, la unicidad de la definición de los planes de la sexualidad y de generación, así como la educación familiar, emocional y sexual.

Se convierte en problemático entender qué identidad sexual (1) y afectivo-sentimental representan a los padres para los hijos en la familia cuando se divide el ser macho y hembra biológica del padre y de la madre por género y por la relación sentimental-amoroso ligado a la generatividad (Benetton, 2014), que ha sido hasta ahora el binomio sobre el que la familia se ha basado. Se abren nuevos escenarios sociales en los que a los dos géneros, macho y hembra, se complementan con muchos otros, como es requerido por las asociaciones LGBTQ (Lesbianas, Gay, Bisexuales, Transgénero, Queer) y aquellos que no aceptan la idea de que hay una orientación sexual definida y luego proclamar la indeterminación. “El gobierno australiano ha identificado 23 géneros, mientras que la red social Facebook incluso 56, cada uno con múltiples variaciones. Sin embargo, está claro que uno de los fenómenos que subyacen a la crisis de la relación interpersonal está constituido precisamente por la renuncia de la identidad sexual y la función sexual en favor de una absoluta fluidez de la identidad misma y de las funciones,



con el consiguiente abandono de la responsabilidad en la relación y a sus características generativas” (Cantelmi, 2015: 6).

De hecho, hoy aún las familias “tradicionales” parecen dudosas en los modelos de la afectividad y de la sexualidad para crecer en la misma. Sin embargo, una cosa es el reconocimiento legal de las parejas del mismo sexo, de nuevos derechos sexuales, o la despatologización de diferentes trastornos de identidad de género, otra cosa es lograr la eliminación de “límites” o diferencias de los cuerpos para poder reproducir “hijos en laboratorio” “criados de acuerdo a los proyectos de los padres en las redes de relaciones sociales entre los más heterogéneos” (Zanardo, 2015: 18).

El tema toma forma entre otras cosas en una sociedad erotizada, en la cuál “la sexualidad se pone al servicio del consumo y se convierte en consumo ella misma (Mion, 1990: 65), en la que el sexo parece un asunto estrictamente individual, privado y desconectado de las normas sociales, los reglamentos y la ética”. Para algunos estudiosos, la Sociedad del narcisismo y del individualismo encuentra un terreno fértil, incluso a nivel familiar, alentando la reprogramación y la renegociación de la diferencia sexual en la familia con el único fin de legitimar las reivindicaciones estrictamente individuales, relacionados con intereses sexuales ‘alternativos’ (Anatrella, 2005: 26 y ss) y convertirlos en normas comunes. El paso básico está vinculado al hecho de que en la dinámica afectiva-sexual-amorosa se tienden a querer dejar de lado la diferencia biológica entre hombres y mujeres, y para ver el enlace fundado únicamente en el vínculo sentimental del amor, leído en términos de gratificación individual.

Interesante la reflexión de la escritora S. Tamaro

(2015: 26-27):

«Quiero, por tanto soy, es el mantra generalizado de nuestra sociedad. Quiero las cosas, quiero los cuerpos y, si mi cuerpo no me corresponde, lo modifico para que así que pueda cumplir con los nuevos deseos que el incansable ardor de mi mente me sugiere. A pesar que el universo se mantenga - y siga adelante - gracias a dos polos opuestos, el yin y el yang, lo femenino y lo masculino que bailan constantemente para crear y mantener viva toda la realidad que nos rodea, venimos a proclamar lo indistinto como nuestra única y salvadora ley. Pero ¿lo indistinto qué genera? ¿No es como un trompo al que se sustrajo la cuerda? Sin la energía cinética dando vueltas sobre sí mismo, no es más que un trozo de madera inerte. En lugar de la danza de la diferenciación, la penumbra de la inmovilidad. En lugar de la vida de los seres humanos, la emoción de los ávidos que hacen de todo por sí mismo, y con gran éxito» (Tamaro, 2015: 27).

Por lo tanto, en relación a los muchos problemas que hoy invierten la constitución de la familia, lo que debe examinarse es si es suficiente asumir el registro general amoroso-sentimental para ayudar a la educación afectivo-sexual dentro de la propia familia. Para Tamaro (2015: 50-51):

«Ser hombre, ser mujer, ¿cuáles son los términos de la disputa? ¿Con que están relacionados la feminidad y la masculinidad? El primer paso de su distinción es, por supuesto, la anatomía, pero es solo un primer peldaño, después hay una escalera completa que subir. [...] ¿Quién es en realidad masculino, qué es en realidad una mujer? Todos somos hijos de la complejidad y todos nosotros - como una persona constantemente iluminada por su singularidad - tiene una forma diferente de expresar su personalidad. No se trata de arrojarse entre los brazos de lo indiferenciado, tan de moda en estos días, en lugar de introducir un concepto que ahora ha desaparecido de la escena

contemporánea. El del camino. La vida de un ser humano es - antes que nada - un continuo camino hacia la conciencia, y una buena parte de este trabajo es la armonización de los opuestos que desde el inicio chocan y lo hace dentro de nosotros. Esto no tiene lugar con la transformación de sus cuerpos, sino más bien investigando en la profundidad de su ser. Todo lo que es masculino incluye también el principio femenino, como el femenino incluye el masculino. La agitación de muchas realidades sentimentales de nuestro tiempo también se debe a esto. Los contrarios, en lugar de complemento, creando un conjunto armónico, se colocan en el mismo nivel, compitiendo. Y en esta competición no hay ganadores, sino más bien una sola derrota. El amor»

La educación sexual en la familia: una cuestión antropológica

En apoyo del recorrido de educación sexual en la familia es su contratación de un determinado modelo antropológico, que puede referirse “al enfoque de género (o revisionista) o al enfoque personalista” (Zanardo, 2015: 21 y ss). Para el primero, el cuerpo está sujeto a diversas manipulaciones, o incluso para ser usado como máscara, y puede variar dependiendo de las contingencias sociales. La diferencia sexual no afecta a la identidad personal de género, ya que es también el resultado del condicionamiento social. Según la visión personalista del cuerpo sexual es, sin embargo, una parte integral de la identidad personal. La diferencia sexual marca la relación con el otro, constituye el horizonte del sentido personal y prepara al encuentro generativo con el que es diferente de sí mismo hacia la generosidad de la conexión amorosa y de la generatividad como un *don*. Para el segundo este

modelo, la alianza sexual entre hombres y mujeres se centra en la idea de esperar el otro (Zanardo, 2005: 23) capturados en todas sus dimensiones. El matrimonio y la familia aparecen caracterizados por un enlace de este tipo y no pueden ser asimilados a otras formas de lazos, ‘uniones emocionales’, de acuerdo con el enfoque de género, y que, en cualquier caso, pueden requerir el reconocimiento legal de la justicia social. En cualquier caso, hay que decir que, aunque se habla de la superación de la familia tradicional, la nuclear, esto no aparece reflejado en las expectativas de los jóvenes de hoy, que parecen buscar la formación del núcleo familiar ‘clásico’ (Benetton, 2008: 116 y ss). Considerando el primer modelo de “enfoque de género”, el mismo está vinculado a la campaña de asimilación del vínculo matrimonial entre hombres y mujeres a uniones en el que la diversidad sexual es superflua - incluye algunos aspectos de la ‘manipulación del lenguaje y las ideas’ (Anatrella, 2005: 29) - e implica la disociación entre la conyugalidad y la paternidad, la paternidad biológica y social; se trata de aceptar diferentes tipos de paternidad que comparten el hecho de hacer irrelevante la diferencia sexual.

Con respecto a esto, no está aún explorado a fondo si su hijo/niño viene privado en su crecimiento de la experiencia de la diferencia relacional de la madre y el padre, como hombre y mujer, presentan, así no solo la generosidad, sino también la diversidad que cada uno trae en la relación con su hijo. Es una manera de tomar conciencia de su propia ‘falta’ y luego prepararse para una comunicación afectiva-sexual y emocional que tiene en cuenta las diferentes formas de aplicar los espacios relacionales (Giordano, 2013: 21). Ciertamente, no se quiere demonizar la vida de las familias homoparentales en relación con la maduración



sexual de los hijo, pero se cree que también hay que plantear unas cuestiones que sean objeto de discusión y de profundizaciones relacionadas con las presiones ideológicas que hasta ahora han limitado el desarrollo de este tipo de estudios. Es importante entender si hay problemas o diferencias en el crecimiento de los niños en familias homoparentales en el marco de la identidad sexual, más allá de las pocas encuestas, sin embargo sesgadas, que parecen llevar a cabo en tales condiciones familiares ningún riesgo de crecimientos o deficiencias educativas (Gigli, 2010: 116).

Lo que queremos resaltar es que la educación sexual en la familia también se lleva a cabo a través de los modelos que los padres representan por los hijos, sobre los cuales es, por tanto apropiado, tener en cuenta y evitar trivializar. No podemos ignorar el hecho de que “todos los educadores (padres, maestros, profesores de diferentes disciplinas), inevitablemente, proponer una educación con dimensión de género: como hombres o mujeres, no pueden evitar estar sumergidos en la realidad de la existencia humana sexuada, y su forma de tratar a los jóvenes comunica siempre - aunque sea indirectamente - su propia concepción personal de la sexualidad. Por lo tanto, un primer requisito fundamental es que todos los educadores adquieren el conocimiento del ser, de alguna manera, los modelos para la maduración sexual de los jóvenes; ya que es en este nivel donde “se juega una buena parte de la educación sexual” (Dastoli, 1990: 95). No hay que olvidar que la identidad de género en la adolescencia es una revisión e integración de las identificaciones anteriores por introyección de los aspectos femeninos y masculinos (Quagliata, 2015).

No parece, sin embargo, que se puede ignorar el hecho evidente de que el niño necesita un hombre-padre

y de una mujer-madre para crecer y diferenciarse subjetivamente. Algunos creen que el vínculo del amor de los padres (hetero u homosexual) a los hijos es suficiente para asegurar su desarrollo sexual-afectiva emocional armonioso, pero estas teorías todavía asumen la ocultación de la diferencia al niño, consideran que el ser es asexual, algo que en realidad no existe, y pasan por alto la idea de que ser padres es atribuible biológicamente a un hombre y una mujer.

Por otra parte, la finitud del ser hombre o mujer es la que abre a la relación y introduce el tercer elemento, el hijo.

«A veces, los niños tienen demasiados “madres” y “padres”, entrando en más constelaciones familiares; sin embargo, al no tener la experiencia de la relación entre los padres, se les priva de alimento afectivo que proviene de la circulación del don, como una apertura a otros a venir. [...] La transmisión de la vida proviene del don de la falta inscrita en nuestra corporeidad sexual (por sí solo no somos generativos). Por lo tanto, es el resultado de un límite, el límite de un cuerpo sexual. Lo cual no es un obstáculo o una sanción; más bien, esta falta (o limitación o diferencia) es lo más valioso que tengo, porque es la ‘silla vacía’ vigilada por el otro» (Zanardo, 2015: 39).

Parece natural pensar que un equilibrado desarrollo afectivo-sexual y ético ocurre en la familia por parte de los padres cuando el amor es el resultado de un sentido de pertenencia que tiene una connotación incluso biológica del ser hombre o mujer, y también se convierte en una forma de la construcción de su propia identidad cuerpo-sexual. Por lo tanto “los buenos sentimientos y el impulso afectivo de los adultos que lo rodean no son suficientes para compensar el déficit que priva al niño de diferentes dimensiones de la realidad: la diferencia sexual, la paternidad, la maternidad

dad y el sentido generacional de la pareja” (Anatrella, 2005: 172).

La identidad de la familia está claramente constituida por la pareja parental madre-padre, diferenciada sexualmente y en cuya base tiene el amor, hay que, en todo caso, investigar las connotaciones que este concepto de amor supone para el desarrollo de habilidades afectivo-sexual de jóvenes (Simeone, 2000: 72-78). Se trata también de educar a los padres haciéndoles conscientes de su representación de la masculinidad y femineidad y cómo afecta a la educación de sus hijos (Lopez, 2014: 74).

El diálogo y la educación sexual en la familia

La desestabilización de los códigos de la madre y del padre, la actual sociedad ‘excesivamente líquida’, han contribuido al final para hacer más débil la propuesta de educación sexual de la familia, que debe basarse en la ‘persistencia’ y en la ‘estabilidad’ (Corsi, 2009). Los lazos afectivos y emocionales se basan en las relaciones domésticas auténticas que necesitan tiempo y espacio adecuados para expresarse y permitir el conocimiento profundo de los temas y el crecimiento de los sujetos que forman parte de ella. La transitoriedad con la que hoy se tiende a describir la familia, en el hacer y deshacer, puede ayudar a debilitar lo que es el *ubi consistam* familiar, que es la ternura y la educación (Stramaglia, 2009: 15). La atmósfera de generosidad, de dar y corroborar el otro, inspira la ruta de ternura que a su vez conduce al amor, a partir de la pareja se propaga a los hijos, lo que es el amor en sí mismo que más tarde se convierte en querer el bien del otro. Se realiza una educación sentimental que educa en el saber amar en la relación con la alteridad,

que es “una educación para sentir los sentimientos, para cuidar de sí mismos y de otros, para asegurar que la vida y los sentimientos nos forman de una manera única. Por sentimiento nos referimos a una condición que implica diferentes áreas, cognitivas, emocionales y sociales, es decir, lo subjetivo, en relación con la interioridad de sus propias emociones individuales, que luego se da al mundo exterior y a la sociedad. El término expresa la conciencia de su existencia como un complejo de movimientos espirituales, corporales, personales y relacionales” (Nanni, 2014: 181-182).

En la familia es posible destacar dos formas de amor, el *eros* y el *ágape*. El primero, que implica la pareja parental, indica el amor de una persona a otra, e incluye para el hombre el instinto sexual transformado. El segundo podría traducirse en la amistad y el sentimiento de los padres hacia sus hijos y viceversa (Guitton, 1971). Profundizando el primer significado, hay que preguntar qué forma de amor expresan la pareja parental hoy, si la sexualidad es considerada un medio de expresión del amor, como eros sublimado, o sea, sacrificado, hecho sagrado, o si prevalece entre todo el eros narcisista y libertino, el lujurioso, utilizando las expresiones de Guitton. Es necesario entender si el amor prevalece sobre los instintos; si el amor nace de la sexualidad casi por accidente, o si el hombre tiene como objetivo lograr el amor usando la sexualidad como medio para lograrlo.

Pero, en la propaganda difusa, los padres tienden a no tener puntos de referencia en la educación sexual-afectiva y sentimental con la que orientar a sus hijos, sobre todo en la delicada edad de la adolescencia. Sin embargo, la afectividad no se separa de la sexualidad, es una parte integral de esta. Al fin, el adolescente puede madurar su identidad en un sentido integral y



es importante que haya completado un recorrido apropiado también en la familia. Está así más preparado para encontrarse con el otro y a vivir esta reunión en su plenitud, quien tiene experiencia en sí mismo de la capacidad de amar, fue objeto de amor, y quien ha tenido un ejemplo en familia. Si la maduración del amor implica una transformación de la atracción del deseo, a la conquista del otro como posesión el querer el bien del otro, por un compromiso sentimental que enriquece, y después lleva al enamoramiento como “impulso instintivo-emocional preparatorio” del amor “como opción realista-consciente” (Avanti, 2004: 57), la prueba de tales conductas en la pareja parental tiene evidentes repercusiones sobre la madurez del adolescente.

El amor, respecto al enamoramiento, de hecho, no sólo se puede advertir agradablemente, sino alimentado en la generosidad del estar hacia el otro, en la alegría y la ternura que alimenta el crecimiento de la relación de la pareja. La pareja parental puede constituirse como un ejemplo de amor completo, un conjunto de compromiso, la intimidad y la pasión (Avanti, 2004: 65 y ss), ayudando así el joven en la maduración de su identidad corporal, relacional, afectiva.

Como se desprende de la literatura y de la misma investigación coordinada por la Universidad de Padua (2), parece que incluso en el nivel de comunicación y de confianza que los padres no tienen un papel tan importante (Fig. 1) y, en cualquier caso, es la figura materna que prueba a establecer una mínima comunicación, especialmente con sus hijas, pero en temas limitados, en particular en relación con los cambios físicos de la pubertad (la menstruación, a los 10-13 años) (Cicognani, 1991: 104).

En la familia con los padres:	Nada	Poco	Mucho	Muchísimo
Hay diálogo	38.1%	40.9%	17.3%	3.8%
Hay confianza	43.6%	35.4%	17.1%	3.9%
Hay control entrometido	56.8%	34.3%	6.7%	2.2%

Fig. 1: La forma de abordar el tema de la sexualidad en la familia con los jóvenes

Por parte de los padres parece que no hay ninguna duda a la hora de abordar la cuestión (Cicognani, 1991: 108-109), pero en general parece hacerse cargo de los diferentes problemas de una manera fragmentada, justificando esta actitud con el miedo de avergonzar a los hijos adolescentes o de entrometerse indebidamente en sus vidas.

Probablemente, la familia nunca ha tenido la oportunidad de desarrollar un diálogo real, que empieza por escuchar al otro de forma auténtica, que sabe aceptar y acoger, ofreciendo aquello que hoy en día falta completamente a los jóvenes y que lo hacen frágiles. Se inicia un diálogo superficial, neutral, que no entra en cuestiones personales y profundos, para evitar desacuerdos.

El comportamiento sexual de los hijos adolescentes se configura más libre que en el pasado, aparentemente libre de tabúes y cualquier moral sexual; informaciones y el conocimiento en relación con el, relegados a los amigos y a la escuela. Todo esto, por un lado, hace que sea un diálogo más relajado con los padres, aunque, por el contrario, lo hace casi superfluo o privado de la carga sentimental que la relación amorosa debe llevar a cabo. Así, entre los agentes implicados y las aclaraciones, pasa a ser contradictoria, no sólo en los niños en esa época de sus vidas, sino también en los

propios padres, oscilando entre la relación romántica y la necesidad de calcular: “El amor no es cálculo y si es cálculo no es amor, sin embargo, hay que tener un poquito de cálculo, para no ser decepcionado” (Di Stefano, 2001: 106), si bien pueden aparecer contradicciones incluso a veces simplemente al ponerse de acuerdo sobre las mismas actitudes maternas y paternas.

El hecho de que la mayor parte de la comunicación sobre la sexualidad es indirecta, y por lo tanto difícil de investigar, la mayor parte de los estudios se han basado en la comunicación ligada principalmente a la transmisión del conocimiento sexual, técnico, fisiológicos otorgados de los padres a los hijos. Está claro que queriendo tratar la educación emocional, sexual, sentimental, y no sólo de información o de formación en los genitales, las tramas biográficas se convierten en fundamentales y debían ser investigadas por la investigación cualitativa.

La educación afectivo-sexual como propuesta de valor

La naturaleza de la educación sexual-sentimental en la familia, por tanto, parece ser capaz de confiar en el ejemplo ofrecido por los padres y en la vida cotidiana de las relaciones comunicativas y afectivas. En familia los niños experimentan la definición de las funciones relacionadas con la identidad de género e identifican un código de ética a la luz de los cuales ciertos comportamientos y acciones, la sexualidad y el amor adquieren características ‘humanas’. A pesar que el entorno familiar sigue siendo, en los jóvenes, un elemento vital para su crecimiento, ahora está claro que las posibilidades de diálogo son cada vez más

escasos. El diálogo también parece insuficiente para las diferentes formas de concebir los valores por parte de los padres y de los hijos y se convierte en punto neutral, basado en la vida cotidiana superficialmente. “Esto explica por qué los padres y los hijos les resulta difícil sacar los aspectos de la vida asociados con las esferas de la sexuales, políticos, religiosos (Pati, 2000: 108). No se encuentra el tiempo para esa relación comunicativa, la estabilidad de las responsabilidades de los adultos que los adolescentes buscan. La falta de certeza de los jóvenes sobre la gestión de las emociones y su crecimiento multidimensional también se debe a una falta de maduración de los adultos como identidad personal y como pareja parental.

Parece especialmente importante que la información, la comunicación y formas de ser se desarrollan al unísono, y tras un orden existencial que tiene una escala de prioridades, que regula las situaciones de conflicto, destacando el proyecto existencial de los hijos. La pareja educa, repetimos, con su forma de hacer, poniendo de relieve la coherencia educativa. Por lo tanto, el lenguaje de la ternura se produce en el tono de voz y en los gestos de los padres hacia sus hijos desde su nacimiento, en la capacidad de responder a las preguntas habituales que su hijo le pregunta acerca de la sexualidad, poniendo de relieve las implicaciones afectivas-sentimentales y éticas hasta que alcanza adolescencia y considerar de manera especial la fase del enamoramiento del hijo, que insta a la educación en el amor no solo como un ejercicio biológico de su sexualidad, sino también una expresión de la persona moral. A través del diálogo los padres pueden incluso ser capaz de entender los temores y ansiedades que el hijo adolescente plantea, a veces indirectamente, en silencio o con provocación, para ayudarle así a reco-



nocer la naturaleza de los diferentes cuestiones, que tienen diferentes grados de implicación emocional y puede implicar aspectos de ética-moral o psicológica, o médico-biológico-científico o social-espiritual-religiosa. Los padres están obligados a asumir nuevas modalidades dialógicas teniendo en cuenta el diálogo sereno con los hijos y de recuperación de los valores propuestos (Pati, 2000: 111) a través del cual se puede tratar de ordenar su compleja identidad como una alternativa a la fluidez moral de hoy, que reina incluso en relación con la conquista de la identidad sexual.

Notas

(1) Tomamos como definición de identidad sexual la que “incluye una dimensión tanto ‘personal’, que cubre la orientación sexual en la cuál la persona se reconoce con sus vividos, cuanto ‘pública’, que tiene que ver con la forma con la cuál la persona lo declara a los demás. La identidad sexual se desarrolla con el tiempo y bajo la influencia del contexto cultural y social. [...] Según Yarhouse la identidad sexual es un constructo amplio que se refiere a la auto-designación y a como experimentamos el género biológico (por ser hombre o mujer), la identidad de género (sentido de ser hombre o mujer) la orientación sexual (la dirección de las propias atracciones), el comportamiento sexual (lo que hacemos con las atracciones que tenemos) y los valores (lo que creemos que es éticamente apropiado en ciertos comportamientos)” (Cantelmi, 2015: 20-21).

(2) El título de la investigación es: “Relaciones románticas y capacidad de intimidad: para una educación afectivo-sexual en la adolescencia hoy”. Se trata de una investigación coordinada por investigadores de pedagogía de la Universidad de Padua llevada a cabo

en el período 2010-2013 en una muestra de 4.000 jóvenes universitarios en Italia.

Referencias

- Avanti G. (2004) *Non solo sesso. Una visione integrale dell'amore*. Milán: Paoline.
- Benetton M. (2008), *Il ruolo educativo della famiglia*, en C. Xodo (Ed.), *Dopo la famiglia, la famiglia* (pp. 105-167). Lecce: Pensa MultiMedia.
- Benetton M. (2014). *Educazione sentimentale in famiglia oggi: quale modello di affettività e di sessualità?* Nuova Secondaria Ricerca, 7; 29-40.
- Cantelmi T. (2015). *Gender. Una mappa per orientarsi*. Milán: Paoline.
- Cicognani E. (1991). *La comunicazione tra genitori e figli sulla sessualità: uno sguardo alla letteratura*. En M.C. Bonini – B. Zani (Eds.), *Dire e non dire. Modelli educativi e comunicazione sulla sessualità nella famiglia con adolescenti* (pp. 101-118). Milán: Giuffrè.
- Corsi M. - Stramaglia M. (2009). *Dentro la famiglia. Pedagogia delle relazioni educative familiari*. Roma: Armando.
- Dastoli C., Bologna T. (Eds.) (1990). *Sessualità da ripensare. Argomenti di preparazione all'educazione sessuale per insegnanti e genitori*. Milán: Vita e Pensiero.
- Di Stefano P. (2001). *La famiglia in bilico. Un reportage italiano*. Milán: Feltrinelli.
- Donati P. (2013). *La famiglia. Il genoma che fa vivere la società*. Soveria Mannelli: Rubbettino.
- Gigli A. (2010). *Molte famiglie: quelle “normali” e ...le altre*. En M. Contini (Ed.), *Molte infanzie molte famiglie* (pp. 99-118). Roma: Carocci.
- Giordano B. (2013). *All'inizio è la relazione*. En M.

Tortalla (Ed.). Eros amore fecondità. Una sessualità attenta alla totalità della persona (pp. 11-26). Milán: Paoline.

Guitton J. (1971). La famille et l'amour. Le démon de midi (trad. it. La famiglia e l'amore Edizioni Paoline, Cinisello Balsamo 1986).

Lopez A.G. (2014). In bilico tra passato e presente: l'educazione dei nuovi padri. En I. Loiodice (Ed.). Formazione di genere. Racconti, immagini, relazioni di persone e famiglie (pp. 68-76). Milán: FrancoAngeli.

Mirabella P. (2009). Unioni di fatto. Coppie, famiglia e società. Assisi: Cittadella Editrice.

Mion R. (1990). Giovani e sessualità negli anni 90. En C. Dastoli, T. Bologna (Eds.). Sessualità da ripensare. Argomenti di preparazione all'educazione sessuale per insegnanti e genitori (pp. 64-79). Milán: Vita e Pensiero.

Nanni S. (2014). L'educazione sentimentale tra memoria e oblio. Il percorso autobiografico. In F. Borruo, L. Cantatore, C. Covato (Eds.). L'educazione sentimentale. Vita e norme nelle pedagogia narrate (pp. 181-192). Milán: Guerini.

Pati L. (2000). Innamoramento giovanile e andamento educativo familiare. En L. Pati (Ed.). Innamoramento giovanile e comunicazione educativa familiare (pp. 105-136). Milán: Vita e Pensiero.

Quagliata E., Di Ceglie D. (Eds.) (2015). Lo sviluppo dell'identità sessuale e l'identità di genere. Parlare ai figli della sessualità: tendenze omosessuali e adolescenti gender variant. Roma: Astrolabio.

Simeone D. (2000). L'innamoramento giovanile tra vissuto soggettivo e relazioni familiari. En L. Pati (Ed.). Innamoramento giovanile e comunicazione educativa familiare (pp. 71-104). Milán: Vita e Pensiero.

Stramaglia M. (2009) Transitorietà in divenire. Il primato della pedagogia familiare. En M. Corsi-M. Stramaglia. Dentro la famiglia. Pedagogia delle relazioni educative familiari (pp.13-46). Roma: Armando.

Tamaro S. (2015). Un cuore pensante. Milán: Bompiani.

Xodo C. (Ed.) (2008). Dopo la famiglia, la famiglia. Lecce: Pensa MultiMedia.

Zanardo S. (2015). Gender. Contributi di P. Binetti, L. Turco, D. Notarfonso. A cura di G. Meazzini. Roma: Città Nuova.